

ANILLO DE SOMBRA

A Pablo Serrano

E x a c e r b a d o
y arduo, el anguloso cráter del volcán,
anillo de sombra, vaso de tinieblas, escotadura hostil,
erguido penacho de peñones, boca abierta al miedo, un oscuro
muñón de labios agrietados, comisuras de lava y muelas de basalto,
farallones como ásperas murallas entre pedruscos desperdigados corroídos
por el viento incesante, despeñaderos bajo la niebla amarillenta como un alud
sonámbulo y sombrío, alcázares de arenisca verde alzando sus raspaduras y sus grietas,
fracturas cortadas a tajo, un círculo de rocas apretadas, tazón de escoria roja: el aciago
esplendor del abismo. Una costra de grava negruzca recorta el arisco perfil escarolado, donde,
barcazas intangibles, las nubes arreadas por el viento se acogen a los bordes como a un puerto
de rocas, se desparraman, avalancha sin peso, penetran en el cráter, erupción de sombras, se despeñan,
picachos incorpóreos, anegan la pestífera terraza que trepida y emite desde el piso agrietado y bullente
columnas de vapor, chaparrones de escorias: lumbre, piedra, viento, agua, excoriaciones en el magma
siseante, cataratas de rocas, molinos de nubes, lagunas hirvientes, brotantes lenguas de vapor que emergen
rechinando como si a un hierro de soldar al rojo lo hundieran con violencia a lo largo de las vetas
de un tablón de madera, viento, lumbre, piedra, agua, estrépito de fragua o de hornalla, crispados cristales
en fusión, azufre, hervor, torbellinos, charcos incandescentes, llueven peñascos y llamas en el aire de tierra,
por el agua de fuego, con la nube de chispas: agua, viento, piedra, lumbre, salta un borbollón ígneo, un surtidor
de brasas, fumarolas entre la niebla, chasquidos humeantes, calcinaciones: piedra, viento, lumbre, agua.
Desde el borde del exiguo pretil, que a cada movimiento hace rodar pedruscos, muy lentamente, resbalando
en la arena, apoyándome contra la muralla que se precipita como un vértigo inmóvil consigo aproximarme
al borde. La silueta del cráter se recorta en la bruma magenta del crepúsculo. A la derecha la mellada ladera
se hunde hasta el valle que allá a lo lejos se confunde con la irradiación opalina del cielo que pardea.
A la izquierda las abruptas cañadas descienden suavizándose poco a poco hasta formar un llano.
Y estas guijas, el arenal donde esta noche acampo nutre en mí los sueños del volcán y la imaginación
del volcán, aunque al influjo de su altura las palabras se sequen, los pensamientos se engarrotan
y tiemblen y ráfagas de presentimientos, de olvidados recuerdos, de cicatrices sin sentido agiten
los filos de la representación, los graffiti de la memoria, mientras la lluvia que trajo el verano
de vidrio penetra y se infiltra en la extensa red de grietas que recorre las entrañas oscuras
del cono como una colosal, difusa y pétrea tela de araña, y se mezcla con los ríos
subterráneos y sus aguas anegan las salas simétricas del sílice, los aposentos
del granito, y se encuentran con arroyos de lodo flamígero y la unión
de lo húmedo y lo ardiente hace saltar la sombra
que comienza a bullir en el fondo del cráter:
negro sol vuelto tiempo, fuego
petrificado.